



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10908

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
o.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.  
al 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 8 DE MARZO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cammartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## CAMILO PÉREZ LUR BE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,  
obras públicas, agricultura  
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-  
tracción y desagües. Especialidad  
en cables y cuerdas de abacá, acero  
y hierro.

Vias, rails, wagonetas, picos,  
martillos, azadas, legones, palas,  
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-  
les y toda clase de maquinaria

## AVISO

Del 15 al 20 del corriente mes  
saldrá para Málaga el conocido y  
afamado

DENTISTA ITALIANO

**DR. OVIDIO CIGNI COMASTINI**

y estará ausente hasta la feria, en  
cuya época regresará para aten-  
der a su numerosa y distinguida  
clientela.

Consulta permanente.

Calle Honda, 11, principal.

## LAS CUENTAS DE LA CARIDAD

Remitidas por la Junta de go-  
bierno del Hospital de Caridad,  
hemos recibido un ejemplar de  
las cuentas de dicho benéfico Asilo  
correspondientes al pasado  
año.

Plácenos ocuparnos en este asun-  
to que tanta gloria refleja sobre  
nuestra ciudad querida y que tan  
alto pone intramuros y extramu-  
ros el nombre cartagenero.

¡Las cuentas del Hospital! ¡Cuán-  
ta filosofía encieran esas colum-  
nas de números en que se conden-  
san los sentimientos de nuestros  
convecinos! ¡Cuántos dolores se  
presenten al repasarlas! ¡Cuántas

penas se adivinan tras los núme-  
ros que las forman! Sin temor á  
equivocarnos, bien se puede ase-  
gurar que cada peseta que en  
ellas figura es representativa de  
una lágrima; cada duro es el men-  
sajero de una pena y cada billete  
representa una tribulación ó un re-  
cuerdo luctuoso.

Algunas cantidades las aportó  
la felicidad; las entregó el estu-  
diente que salió bien de los exá-  
menes; la madre del soldado que  
regresó de la guerra; el padre que  
vió como su hijo recuperaba la  
salud estando ya casi en los um-  
brales de la muerte; pero en últi-  
mo término, qué representan esas  
dádivas sino tribulaciones, dolo-  
res y angustias pasadas?

Las cuentas de la Caridad son  
lazo que liga á dos clases de enfer-  
mos: los que padecen del espíritu  
y los que padecen de la materia; los  
primeros piensan en la desventu-  
ra ajena al considerar la pro-  
pia y prodigan sus beneficios para  
mitigarla en lo posible; los segun-  
dos aprovechan el donativo bendi-  
ciendo la mano anónima que lo  
entrega.

Así vive el Hospital de Caridad  
de Cartagena. Y así vivirá en lo su-  
cesivo, porque siempre habrá en-  
fermos del alma, entre los cuales  
y los del cuerpo no se interrumpi-  
rá jamás la corriente de simpatía  
cuyo resultado es la limosna.

El ingreso por		
Los conceptos		
Los habidos du-		
rante el año		
1897 se eleva á	Pts.	115.271'79
Los gastos á		105.556'60
Resultando un sobran-		
te de		9.715'29
Pero como en fin del		
año anterior resul-		
taba un déficit de		31.038'17
Ha quedado aquí re-		
ducido á plas.		21.222'88
Lo espontaneidad de la limosna		

que el Hospital reciba puede y deb-  
de medirse por las cantidades que  
se recogen en los cepillos de la  
iglesia.

A 8.818 pesetas con 38 céntimos  
ha ascendido la limosna depositada  
en ellos, en oro, plata, calderilla  
y billetes, muchos de éstos sin in-  
dicación ninguna, prueba la más  
grande de la confianza que el pue-  
blo cartagenero tiene depositada  
en la Junta de gobierno del Hospi-  
tal de Caridad.

## TIJERETAZOS

Los electores de la provincia de Gra-  
nada están dispuestos á no dar sus vo-  
tos más que á los candidatos que se  
comprometan á que se termine en bre-  
ve plazo el ferro-carril de aquella capi-  
tal á Murcia.

Como el prometer no cuesta nada no  
faltarán aspirantes.

Otra cosa sería si se tratase de cum-  
plir la oferta.

Otro ejemplo de positivismo han da-  
do los electores de un pueblo del in-  
terior.

Pretenden que quien solicite sus sú-  
fragios trabaje hasta echar el hígado  
en la consecución de una carretera.

Pero han olvidado una cosa esencia-  
lísima: exigir la fianza correspondiente  
como garantía de lo prometido.

Y elevar el compromiso á escritura  
pública.

Todos los candidatos de que hablan  
los periódicos y que aspiran á sentarse  
en las Cortes próximas, tienen asegura-  
da la elección.

Lo dicen los caciques y lo toma la  
prensa como artículo de fé.

Los electores no han dicho todavía  
una palabra en este asunto.

¡Como nadie les dá vela en este en-  
tierno!

El gobierno americano anda calcu-  
lando la mejor manera de comprar á  
Cuba.

¡Que modo de malgastar el tiempo!  
¡Si nadie la vende!

La enormidad de las bajas sufridas  
por las partidas de Máximo Gómez en  
los últimos combates, se reducen á un  
par de docenas en el telegrama oficial  
recibido por el gobierno.

¡Y luego quieren los corresponsales  
que nos entusiasmemos con sus pom-  
posos telegramas!

## LO DE TODOS LOS AÑOS

Terrible desengaño el de las comio-  
nes procesionistas que han tomado so-  
bre sí la penosa é ingrata tarea de re-  
caudar fondos á domicilio para las pro-  
cesiones de Semana Santa.

Desde que inauguraron su trabajo,  
empreñado con alientos que no se  
compaginaban con los resultados obte-  
nidos en los pasados años, comenzaron  
á llegar hasta nosotros quejas que no  
nos sorprendieron, por que son la re-  
petición de otras de igual índole; qué  
vienen repitiéndose de una manera des-  
esperante un año y otro año.

—Los gremios no ayudan; los que  
benefician más con las fiestas religio-  
sas que se celebran en la vía pública  
dan cantidades insignificantes y algu-  
nos no dan nada; individuo hay que  
realiza en la Semana Santa una gana-  
ncia de dos ó tres mil reales, y se atreve  
á dar un par de duros, cuando se uso,  
á la comisión que le pide dinero.

Eso dicen las quejas; y tanto se han  
repetido y tan generalés se han hecho,  
que han trascendido al público y se  
han reflejado en las columnas de la  
prensa, la cual se ocupa anoche en el  
asunto, lamentando el desengaño de las  
comisiones de peticorio y señalando á  
los reacios en el dar, las consecuencias  
que para sus respectivos intereses pue-  
de traer su injustificada resistencia  
y por qué no decirlo? su extremada  
tacañería.

Seguramente los que dan motivo á  
las quejas no conocen sus intereses: de  
conocerlos, ellos serían los primeros en  
pedir todos los años que se celebraran  
las procesiones y contribuirían espon-  
táneamente para realizarlas y hacerlas  
famosas á fin de que viniera á verlas el  
mayor número de forasteros.

Pero ocurre lo contrario; á trueque  
de no gastar cincuenta pesetas, se pier-

de un negocio de un millón tal hace  
se queda tan satisfecho y tal vez ase-  
gura y así lo cree que se ahorra diez  
duros no habiendo procesiones.

Contra este modo de calcular no hay  
argumento posible. Un año y otro año  
hemos venido aconsejando que los gre-  
mios se repartieran los trenos para  
adornarlos, por que ese sería el único  
medio de estimularse y poner las pro-  
cesiones de Semana Santa á gran altu-  
ra; pero el consejo se ha perdido en el  
vacío y al año siguiente ha habido  
que echar mano del mismo argumento  
con resultado tan negativo como el año  
anterior.

Por este camino no se va á ninguna  
parte; es decir, se va al cansancio  
de las cofradías, á la muerte de las pro-  
cesiones y á la dispersión general de  
los cartageneros, que llegada la Semana  
Santa se diseminan por La Unión,  
Murcia, Lorca y demás pueblos de la  
provincia donde se celebran procesio-  
nes.

¡Y qué negocio más soberano harán  
entonces los tenderos de Cartagena!

Después de todo, si su gusto es ese,  
vayan servidos con él.

## GLORIAS NACIONALES

Asalto del fuerte de  
Philippine.

8 de Marzo de 1835.

Mucho tiempo hacía que el marqués  
de Aitona pretendía apoderarse de la  
fortaleza Philippine que se hallaba ocu-  
pada por los flamencos.

Para conseguir la posesión de tan  
importante fuerte, el marqués encargó  
de esta empresa al sargento mayor del  
tercio de Lombardía D. Cristóbal Al-  
varez, quien después de hechos todos  
los preparativos necesarios y al frente  
de seis compañías de su tercio y algu-  
nas fuerzas más intentó el asalto.

El enemigo que defendía la fortaleza  
resistió el ataque; pero siendo auxiliado  
con refuerzos, aumentó los bríos de su  
defensa consiguiendo, al fin, aun á ob-  
sta de muchas bajas que los sitiadores  
se retiraran.

Nuestros valientes soldados peleaban  
con bravura, realizando proezas de va-

CARLOS II EL HECHIZADO

555

—¿Luego conservais esa esperanza?  
—Sí.  
—Pero mientras tanto nos matará la duda y la  
incertidumbre  
—No; ya tendreis noticias suyas.  
—¿De qué manera?... ¡Oh! me estais dando la  
vida.  
—Ana, dijo Monte-Azul con acento grave y so-  
lemne; antes de separarnos en Barcelona, hicimos  
el juramento de auxiliarnos y defendernos mútua-  
mente. Debemos correr los unos en pos de los otros  
para tenderles la mano. Yo, en cumplimiento de  
este deber, ya no parto para Italia.  
El rostro de Ana brilló con cierta alegría melán-  
cólica que llenó de consuelo el corazón del joven.  
—¿A dónde vais, pues? preguntó jantando sus  
manos.  
—A Cádiz. Marcho al socorro de vuestros her-  
manos.  
—¿Cuándo?  
—En esta misma noche. Ese es el deber que me  
imponen el honor y la amistad. Si, cosa que no es-  
pero, han muerto, yo os traeré la noticia; mientras  
tanto vivid tranquila. Ana; hay una cláusula en el  
pacto que hicimos los cinco jóvenes que partimos á  
distintas tierras, en la cual se recomienda que los

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

554

—La fragata consiguió alcanzarlos á la altura de  
la isla del Hierro.  
—¿Y qué?  
—Principieron á batirse... Dos horas hacía que  
estaban luchando...  
—¿Y no vencieron?  
—No; despues, como si cortasen un periodo,  
anunciaban que estaban desmantelados.  
—¡Ah!  
—Y luego... ¡oh, Dios mío!  
—Hablad; me estais matando.  
—Luego decian que prenderían regularmente  
fuego á la Santa Bárbara.  
—¿Nada más?  
—No; acababan diciendo que ya no había re-  
medio.  
Ana quedó sepultada en el mas profundo dolor.  
Ernesto estuvo por un instante luchando con la in-  
credulidad que existe en el corazón de los valientes.  
—¡Oh! imposible... murmuró para sí... Ellos no  
pueden haber perecido...  
—¡Qué decis! exclamó Ana alzando la cabeza.  
—Que vuestros hermanos no han muerto... Ellos  
habrán luchado hasta lo último, y quien sabe si  
despues...

CARLOS II EL HECHIZADO

551

errante por medio de los campamentos de Italia,  
donde pensais dirigiros. Esta era mi ocupación.  
La frente del joven se bañó de sudor al oír el dul-  
ce y tranquilo acento de su adorada expresándose  
de aquella manera.  
—Bien... comprendo lo que vos sufríais, Ana  
mía; comprendo vuestro dolor... ¡Sería tan feliz que  
vuestro desmayo hubiera nacido de la exageración  
de este sentimiento!  
—Voy á recordarlo... contestó Ana oprimiéndose  
las sienes con las manos... Esperad; he ahí recuer-  
do... que... sí, no me engaño... ¡Ah!  
La joven dió un grito horroroso que hizo temblar  
á Ernesto. Acababa de acordarse de la visita que le  
había hecho la mariscal de Clerambaut y de las no-  
ticias que esta le había traído.  
En medio de su desvario se acordó también que  
no debía revelar nada que pudiera comprometer á  
su amiga.  
—¡Dios mío! ¿qué es lo que tenéis? exclamó Er-  
nesto sosteniendo á su desahucada cabeza de su  
amada.  
—¡Ah! ya lo recordo todo, dijo con una des-  
esperación, mientras un torrente de lágrimas brotaba  
de sus ojos.  
Aquel llanto cuyas gotas encendidas caían sobre